



## CAPÍTULO XXXIX.

### ORIGEN DEL HOMBRE.

«*Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.*» (V. 26.)

#### ARTÍCULO I.

El origen del hombre, conforme le refiere el divino escritor, halla contradicción en los positivistas modernos. — Extrañas opiniones de los antiguos acerca del origen del humano linaje. — Los transformistas modernos pasan la raya del desvario.

**H**a cuestión de más trascendencia que ha sido propuesta en nuestros días es: ¿qué lugar ocupa el hombre en la creación? ¿Es el príncipe de los animales y el más perfecto entre todos, y la obra más acabada de la fatal evolución, ó es un ser singularmente perfecto, cuya vida y perfección pasa de vuelo la vida y perfección sensitiva? Los amigos de la materia y de los movimientos mecánicos no han reparado en igualar al hombre con el bruto, aunque deban atribuirle facultades, como la conciencia y la reflexión, que mal se componen con las propiedades de la materia. La razón de este sentimiento se funda en el sistema de la evolución darwiniana, según el cual todas las especies, aun la humana, brotaron unas de otras; y decir especie y desenvolvimiento de un organismo por acumulación hereditaria y por alteración accidental, viene á ser una misma cosa.

Mas de qué manera hizo el hombre su primera entrada en el teatro del mundo nos lo enseña el Génesis con in-

comparable sencillez. Referida la institución de los reinos mineral, vegetativo y animal, prosigue el divino historiador por estas graves palabras: «Y dijo Dios: hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza; y tenga mando en los peces, en las aves, en las bestias de la tierra y en todos los reptiles que en su sobrehaz se revuelven. Dios, pues, crió al hombre á su imagen; crióle según la imagen de Dios, y le formó varón y hembra. Bendíjolos, y les dijo: Creced y multiplicaos: henchid la tierra y apoderaos de ella: sefioread los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven por la tierra.» Más abajo, en el capítulo siguiente, viniendo al particular, narra la formación del hombre, diciendo: «El Señor formó al varón del todo de la tierra; sopló en su rostro espíritu de vida, y le formó vivo y animado. Tomóle el Señor, y púsole en el paraíso de delicias para que le labrase y custodiase. Y dijo: No es bien que el hombre esté solo: hagámoste una compañera semejante á él. Y como no hubiese ser alguno en todos los criados que al hombre se pareciera, añade el sagrado texto: «Envío Dios sueño profundo al hombre, y ya que estubo adormecido, tomóle una costilla y puso carne en su lugar; y de la costilla que tomó de Adán, fabricó la

mujer, y presentósele á Adán, el cual en viéndola exclamó: He aquí hueso de mis huesos, carne de mi carne; ésta se llamará *virago*, que traiga á la memoria al varón, pues del varón fué formada.» Tal es el origen de los primeros padres del linaje humano. Las almas fueron criadas de nada; los cuerpos hechos de barro por las manos del mismo Dios.

Mas un origen tan generoso no halla entrada en el ánimo de los positivistas: los cuales, despreciándose de dar oídos á la palabra de Dios, ponen el crédito en sistemas que su fantasía forjó, y pervirtiendo el vulgo simple, le despeñan en seguimiento de sus insanos errores. Para señalar alguna razón á la existencia del hombre, los unos admiten por fundamento la materia in creada y activísima; los otros, concedida la creación de la materia, la adornan y visten de virtud bastante para engendrar todos los órdenes de seres y la misma consonancia del universo; otros se alargan á una creación libre del mundo, pero introducen unas vueltas de transformaciones tales, que de poquitos seres, con el concurso divino, nazcan innumerables especies diversas en condición y linaje, y la hermosa fecundidad de los reinos organizados; otros, en fin, poniendo criadas en el principio las semillas de todas las especies, establecen que en el transcurso de los siglos fueron desenvolviéndose y dando de sí vegetales y animales cada vez más perfectos, subiendo con paso lento á organismos perfectísimos, cuyo coronamiento y glorioso remate ha sido el cuerpo del hombre. Á la raya de esta ruin prosapia tiran los esfuerzos de muchos autores recientes.

Los filósofos del pasado siglo, alzando bandera contra las divinas Escrituras, como no pudieron avenirse á otorgar al hombre la soberana realeza que el Génesis le confiere, ni aun allanán-

dose á que saliese maduro y dotado de facultades superiores de las manos del Criador, fingieron un estado de estupidéz original, en que nos pintaban al hombre flaco y desmedrado, criado en la selva y departiendo con las fieras, y querían que á poder de ensancharsele muy despacio el cráneo, de bastársele el cuerpo, de crecerle el cerebro, de escarmentar y enseñarse á vivir, llegase á hacerse astuto, diestro, racional y civilizado. Las primeras sensaciones se adelgazaban y repulían de una generación en otra, hasta convertirse en espirituales conceptos, alcanzando á tanta virtud que lograsen levantar al hombre de su nativo abatimiento á la grandeza que hoy goza. Con la vanidad de estas consejas pretendían los filosofantes oscurecer los rayos de semejanza que el hombre tiene con su Criador. No consintiendo esferá propia en que espaciara su entendimiento, hiciéronle moviedizo y volatario, y que fuese, de ser en ser, pasando de un estado á otro, corriendo por todos los grados, hasta tomar asiento en el racional por los esfuerzos de *natura*, á quien largamente dieron poder infinito, al igual del mismo Dios.

Mas para hacer con la verdad tan desvergonzada farsa, ni siquiera les valió el ingenio. Porque ya antes que á ellos al orador romano le habia salteado el pensamiento de abrir su primer libro de *Inventione* con esta rústica delantera: «Un tiempo fué en que los hombres andaban vagabundos por los campos á manera de bestias, y como bestias vivían y se criaban, no gobernados por la lumbre de la razón, sino siguiendo sin rienda sus apetitos. Ninguno daba culto á la religión, ni cumplimiento á los humanos deberes. No conocían enlaces legítimos, ni titulaban por propios los hijos, ni sabían qué ventajas acarrea el derecho común de gentes; antes la ciega y des-



apoderada codicia, amparada del error y de la ignorancia, abusaba, por cumplir sus apetitos, de las facultades del cuerpo, perniciosas compañeras. Entonces cierto varón recto y prudente, entrando en cuenta de cuán oportuno y decoroso sería reprimir las codicias y mejorarlas, juntó en uno los hombres que vivían derramados por los bosques y escondidos en chozas, y puesta delante de sus ojos la conveniencia y honestidad, logró convertirlos de feroces y bárbaros en humanos y civilizados.»

Todo esto nos dejó escrito Marco Tulio Cicerón. Y aunque pudiera bien entenderse cuanto escribió de alguna casta particular de hombres embrutecidos y facinerosos, si ya no quiso hablar por encarecer la virtud de la elocuencia, mas el no declararnos de quién habla, y traer iguales ó semejantes conceptos Diodoro de Sicilia, y el no enterarnos ni uno ni otro en qué fuentes bebieron agua tan turbia, induciría á cualquiera á creer que intentaron ambos narrarnos el origen del humano linaje según andaba en las lenguas del vulgo.

Porque Diodoro dice así: «De escritores aprobados nos consta que los primeros hombres que hubo en el mundo, vivían sin orden ni freno, como animales por los campos, buscando dondequiera el sustento necesario, y si daban con algunas yerbas tiernas y blandas, comíanlas con las frutas de los árboles silvestres. Acosados de las fieras, ayudábanse mutuamente, juntándolos el miedo y aconsejándoles la sujeción de unos á otros. Al principio echaban gritos confusos y sin sentido; luego voces articuladas; al fin instituyeron signos arbitrarios de las cosas, conviniendo en la aplicación é interpretación de ellos. Como estas juntas de hombres se tenían en diversas partes y cada pueblo se explicaba á su modo, no fué común la

manera de hablar; de aquí nacieron las varias formas del lenguaje. Aquellas primeras juntas fueron las cabezas de todas las gentes. No habían inventado aún manera segura de conservar la vida, y así las pasaban con grandes riesgos, sin vestidos con que cubrirse, sin casas donde albergarse, sin fuego y sin alimentos proporcionados á su menester. Perecían muchos yerros de frío y fatigados del hambre, hasta que la experiencia les enseñó á guarecerse en las cuevas en invierno y á encerrar en su lobreguez los frutos de la tierra. Experimentada la utilidad del fuego y de otras comodidades, inventaron al fin las artes y todo lo que atañe á la vida social. La carestía y la necesidad fué la primera maestra que adiestró aquellos hombres, y les sugirió el conocimiento y uso de cada cosa; pues no se ayudaban solamente de las manos para ejecutar, sino también del ingenio y penetración para discurrir é inventar.»

Hasta aquí Diodoro. Muy osado anduvo este escritor, como todos sabemos, en vender patrañas, que hacen sospechosas sus historias; tanto peor para el crédito de los que le han copiado. Hablando de él, dice Eusebio de Cesarea: «Este escritor no se dignó tan siquiera mentar el nombre de Dios; sino que forjó una manera de historiar á su talante y opinión; y lo mismo vemos hicieron la mayor parte de los filósofos griegos.» Notemos, en fin, de paso, que ya el persa Manes, insignie heresiarca del siglo III, extendió por la India y la China sus desaforadas marañas, enseñando que Adán fué criado en figura de fiera. El Concilio general séptimo y segundo de Nicea, llamó «*Iudibria puerilia, furiosa dicta ac scripta*», las enseñanzas de estos herejes.»

1 L. I, p. vi.

2 *Prepar. Evang.*, lib. I, cap. vii.

3 Cap. ix.

Pues esta galana historia de los ateos antiguos es la que han tomado por vara no pocos naturalistas para medir con ella y declararnos la alteza y dignidad de la naturaleza humana. El inglés Darwin, levantando del polvo los embelecios del materialista Lamarck, revolvió tantas cabezas con el cuento de su curioso transformismo, que en 1877 decía de él la *Revista de las cuestiones científicas*: «Parece haber ya señoreado en el día de hoy todas las cátedras científicas de Alemania; es casa es la contradicción que halla en Inglaterra, y sus primeros ensayos de aclimatación en Francia no le van saliendo mal.» El inglés Carlos Darwin, hombre de agudo ingenio y enriquecido de vastos conocimientos naturales, no enseña tasadamente que el hombre derive del mono su prosapia; cuanto menos de los actuales!, como algunos escritores han querido suponer; sino que todo el reino animal, y lo propio va dicho del vegetal, desciende de cuatro ó cinco tipos principales, que, pasando por una multitud de alambicamientos indefinidos, vinieron á fundar todas las diferencias de vivientes, bautizadas por Darwin con el apodo de *variedades*, para desautorizar el antiquísimo y venerable nombre de *especie*, como en su lugar hemos declarado. El ascendiente inmediato del hombre fué, dice este novador, un mamífero peludo, rabilargó, orejudo, quijarado, pies de cernícalo, trepador, pertrechado de armas ofensivas y defensivas; remontando más arriba por línea recta, su abuelo fué un marsupial. su bisabuelo un reptil, su rebisabuelo un pez; en fin: sin más averiguaciones, un animalillo dotado de entrambos sexos fué la cepa de nuestro noble linaje. Incomparable gracia y candor demuestran los discípulos de este maestro de poesía brutal, cuando nos cuen-

tan los saltos y trastrueques de peces en aves, de aves en cuadrúpedos, de mamíferos en antropopitecos, de éstos en hombres mudos, y así sucesivamente de todos los animales, hasta llegar á su tataranieta, el hombre parlero.

No será ocioso, de los infinitos que á la pluma se ofrecen, mencionar algunos dichos de los modernos profesores de esta necedad. «Hallámonos en el día de hoy, dice M. Mortillet, muy distantes del mono; pero comparando con ellos las razas inferiores, vemos caracteres monescos en ciertos pueblos y en ciertas cabezas, que nos dicen claramente que descendemos de razas parecidas á ellos, ya que no de monos actuales; y ese origen simio no empece un punto, ni rebaja, antes enaltece y honra á la humanidad.» Catailnac, partidario de nuestra descendencia simia, la defiende con una suerte de cautela parecida al miedo; pero á capa y espada pelea por el salvajismo original; poniendo en altísimo punto los instintos de la vida cerril. No le va en zaga el célebre Broca; con no ser alumno de la escuela monesca, parécete que el hombre vino al mundo despojado de toda dignidad, marchito, desnudo, hambriento, sin ventura, sólo de astucia y valentía poseído para escaramuzar contra las fieras, de cuya braveza su pujanza triunfó, sobreviviendo á las especies intermedias que en la lucha dejaron la vida. No reparó la agudeza de este escritor que tanta sagacidad en señorear brutos entalla mal con la abyección y suma rudeza en que nos le pinta sumido. Más al caso hace el dictamen de Hovelacque, manteniendo que el hombre es nieto carnal del mono, diferenciándolos en que éste no habla y el hombre sí, y ponderando que por haber inventado el lenguaje en circunstancias propicias es digno de mayor respeto. Ya que des-

1 P. 292.

2 *The descent of man*, chapt. vi.

3 *Matér. pour l'hist. primitif*, t. xiv, p. 452.

4 *Ibid.*, t. viii, p. 91.



propósitos se digan, sea con gravedad y desarrozadamente. Así, mucho más famosa es la de Zaborowski, cuando, no contento con señalar al hombre por abuelo un mono, dale á cada raza el suyo, á los negros el gorila dolicocefalo, á los malayos el orangután braquicefalo. «Las quimeras del sobre naturalismo, añade con desenfado, pasaron ya, añejas son: hallámonos con hechos que nos entroncan con los siglos pasados, y nos demuestran nuestro origen bestial, dado que vivamos tan solitarios y huérfanos en la actualidad.» Y en otra parte dice: «Á los antiguos seres, caras de mono, tronco de nuestra humanidad, son debidas las primeras glorias que poseemos.»

Forzoso será pasar en silencio las sentencias de otros transformistas, como la de Huxley, que se gloria de ser hijo del humilde mono, por más que todavía esté aguardando las probanzas de su preciado abolengo. Deje mos á Lyell, que si admite la divinidad de la creación, y la diferencia esencial entre el hombre y el bruto, no sabe desapropiarse del estado selvático de la primitiva humanidad. No hagamos caso de Lubbock, si nos presenta al hombre sin arco ni flecha, y sin más favor que su clava y lanza. Ni comemoemos á Vogt, que reparte en tres las castas del tipo antropomorfo, y son tres cabezas de familias distintas que al crecer paralelamente engendran las razas americana, africana y asiática. Ni gastemos tiempo en ponderar aquel dicho del deísta Schaffhausen, que el hombre cuanto más antiguo se le considera, más bruto se le halla; de arte que un cráneo que no dé señales claras de imperfecta organiza-

<sup>1</sup> La linguistique, chap. II.

<sup>2</sup> L'homme préhist., p. 163.

<sup>3</sup> De l'ancien. de l'homme, t. II, p. 186.

<sup>4</sup> L'ancien. de l'homme.

<sup>5</sup> L'homme préhist., p. 525.

<sup>6</sup> Revue scient., 1877.

ción, no puede ser tenido por de hombre primitivo. Tampoco haremos mérito del antropólogo Bordier, denodado transformista, que de cotejar las notas físicas, comunes á hombres y á bestias, sacó en limpio la semejanza, y de la semejanza concluyó la comunidad de parentesco. Mas razón será que perdonemos las extravagancias del sexo flaco, á quien en esta materia no se le ha hecho vergüenza tomar cartas y describirnos, como lo hizo la Clemencia Royer, al hombre primitivo con rasgos de musculatura terrible, de instintos desaforados, de pasiones indómitas, andando primero á gatas, trepando después, en fin enderezado y aun gallardeando sobre los monos sus primos. No todos son transformistas los que bárbaramente maltratan la verdad; enemigos ha tenido el transformismo que, tras de romper no pocas lanzas en la lid, han enseñado que la humanidad salió de las mantillas del salvajismo para pasar á las mejoras de la barbarie; y de ahí subió por sus pasos al esplendor de la vida civil y política; por consiguiente, «el Edén con su soñada felicidad es, concluye el impio Contejean, excusada ilusión.»

Dando, pues, lado á tan pueriles fantasías, sólo queremos insinuar la locura del transformista Herberto Spencer. Echado el fundamento que todos los fenómenos del mundo proceden de los átomos de una inmensa nebulosa, engendrada por el incognoscible que difunde su eficacia por la tierra mediante la acción del sol, enseña que las fuerzas físicas se componen y dan la mano por tan artificiosa manera, que al mejor tiempo tórnanse vitales, vegetativas y sensitivas. Los átomos que, coligados entre sí, constituyen el ser de las plantas y brutos, nacen de la

<sup>1</sup> Revue scientifique, 1882.

<sup>2</sup> Orig. de l'homme, p. 212.

<sup>3</sup> Étém. de Géol., p. 104.

tierra y del ambiente, como resultas de rayos solares: de ahí viene el engendrarse organismos muy simples, que, con el crecer y multiplicarse por largos siglos, han engendrado toda suerte de árboles y animales, y, finalmente, han alumbrado al propio hombre.

No es menos fantástico el invento de Haëckel, de que tratamos arriba. Sin rebozo asentaba en 1879 que el hombre es de alcurnia animal: no que deba su hechura á ningún cuadrumano de los actuales, sino á un ascendiente de éstos muy antiguo. Los primeros vivientes, que fueron móneras, se criaron en el fondo del mar; de la mónera amorfa hasta el hombre corrieron veintidós transformaciones mayores; la veintiuna fué el mono catarrino (de narices tabicadas), abuelo del hombre civilizado. Así resulta que la mónera es por línea recta nuestra primitiva matriz; á ella sube Haëckel por vía de trastrucos seculares. «Quien no creyere, dice, en esta evolución ancha y espaciosa, tendrá que acogerse al milagro sin remedio.» ¡Baladronada muy digna del ateo alemán!

## ARTÍCULO II.

Los amigos y los enemigos de estas teorías declaran cuán grande cúmulo de dificultades encierran.— La selección natural, la lucha por la existencia, la selección sexual, la sobrevivencia de los más fuertes, las fuerzas desconocidas, demuestran el cimiento delectable de las invenciones modernas respecto del origen del hombre.



ATIGA la atención el relato de tantos desvarios: el corazón se indigna y no se sabe resistir tan pesada tarea; ¡cuánto más molesta será la de refutarlos y confundirlos! Han desplegado contra ellos la riqueza de su doctrina los esclarecidos Flourens, Mivart, D'Archiac, Agas-

<sup>1</sup> Les premiers princíps., hap. VIII.  
<sup>2</sup> Cap. xxxv.

siz, Göppert, Baer, Rambler, Mendive y otros muchos contemporáneos de ajustada crítica. El esforzado Quatre-fages, en su obra *Hommes fossiles et hommes sauvages*, publicada en 1884, ha combatido y arrollado el transformismo y el origen brutal del hombre. «Únicamente la ignorancia, dice el Dr. Reusch, ha sabido celebrar en la teoría de Darwin el fruto espontáneo de las ciencias, ó una hipótesis científica fundada en razones. Darwin mismo declara sin dificultad que no cree haber resuelto la disputa del origen de la especie, y que tan solamente la ha levantado del polvo y puesto en tela de juicio.» Los más valerosos defensores de estas caballerías inglesas piensan que son de grandísimo peso las dificultades que contra sí tienen. Véase cómo Huxley, discípulo de Darwin, censura la obra de su maestro: «Hay un sinnúmero de inconvenientes á que esta hipótesis no puede satisfacer, por ejemplo: los fenómenos del hibridismo, la esterilidad de los descendientes de ciertas especies.»

El zoólogo Claus, resignado á sostener esta hipótesis sin asiento, dice: «Aun en el caso de que tanto cúmulo de dificultades no nos dejasen tener esta opinión por suficiente para declarar las alteraciones de los organismos en el transcurso de los siglos, todavía deberíamos abrazarla por doctrina sólida y positiva, siquiera para explicar muchas de tantas transformaciones. En cuanto al hombre, no poseemos hasta hoy indicio alguno acerca de sus anteriores ascendientes: quizá se dieron por primera vez la mano en el período terciario.»

Para que apreciemos el valor del darwinismo, no bien hubo cerrado los ojos su autor (en 1882), veamos qué juicio formaron de él los paladines

<sup>1</sup> La Bible et la nature, leçon xxv.

<sup>2</sup> Ueber unsere heentnis, p. 126.

<sup>3</sup> Zoolog. géner., § 23, chap. v.



materialistas y ateos de Alemania, Virchow y Haeckel. Para Haeckel el inglés Darwin es un *ingenio poderoso*, que reformó la ciencia, como Lutero la Iglesia, sabio experimentador que derrocó todos los dogmas con la solidez de sus observaciones. «Esta doctrina, dice de la darwinica, en estos postreros años, por causa de los estudios esmerados que se han hecho, ha logrado granjearse la afición de los sabios más competentes, y será de hoy más la piedra fundamental de la nueva ciencia.» Así se ufana en Octubre de 1882 el más radical de los antropólogos alemanes<sup>1</sup>. Si Darwin ha de lograr en la ciencia las reformas que Lutero hizo en la Iglesia de Dios, excusados son y muy en vano los esfuerzos por el mismo tiempo, en el Congreso tenido en Francfort clamaba en alta voz: «Nuestra escuela cifra su gloria en respetar como verdaderas las cosas que podemos realmente demostrar. Yo creo que uno de los más preciados timbres de nobleza de esta Sociedad Antropológica alemana será para el porvenir, el no haber perdido de vista la lumbre de la razón en tiempos en que la marejada del darwinismo estuvo más en hervor. Pocas épocas se habrán visto en que tan importantes cuestiones se hayan tratado con tanta liviandad y desconcierto. Hacíamos creer que el hombre, corriendo de mudanza en mudanza, descendía de un animal. En realidad de verdad, no han dado aún con el rastro de ese mamífero, y ya se vendía por averiguada su existencia. El mismo Darwin se andaba con gran tiento en afirmarla; y solamente al asomar las teorías de Haeckel acabó aquél de asentar y orillar la suya; empero él

propio confesaba que no poseía de anatomía, de fisiología y de patología otro caudal de conocimientos que los que tiene un hombre del vulgo; por eso nunca se había arrojado á tratar del hombre científicamente.» Á este mismo propósito añadía Virchow sin temor: «Tenemos en Alemania una cáfila de hombres celosos que publican y esparcen libros sobre el origen de los seres; pero los más de ellos son los que menos entienden lo que escriben. No tienen en cuenta los muy atrevidos que más tiempo y tiento es menester para examinar un cráneo que para escribir un capítulo. Si tuviera yo que extender diez capítulos ó examinar diez cráneos, apuesto á que concluyo los diez capítulos en un tercio de tiempo.» Estas palabras, salidas de los labios de Virchow, expresan cuán poco valor tiene en sus ojos la hipótesis de Darwin, y de qué calibre sean las cabezas que la propagan y defienden.

Ahora, una hipótesis que de suyo amenaza ruina, ¿qué necesidad tiene de ser herida y refutada? Y más cuando tantas son las baterías que de todas partes se han desencadenado contra ella. Contentémonos, pues, dejando á otras plumas<sup>2</sup> la gloria de la refutación, con exponer las razones que suelen alegar los transformistas para dar colorido de verdad á su sistema.

La primera es que el uso hace los órganos vigorosos y que crezcan y se desarrollen; por el contrario, la inacción los enerva, menoscaba y aun aniquila del todo. De este discurso quieren concluir que el hombre, con el ejercicio de tantos años, perdió aquellas formas desaliñadas, y granjeó la hermosura y majestad que en

<sup>1</sup> REUSCH: *La Bible et la nature*, leçon xxv.—  
P. MENDIVE: *La relig. cath.*, cap. xxii.—FAJANÉS: *Estudios críticos*, I, cap. viii.—COMELLAS: *Demonstración de la armonía entre la religión cat. y la ciencia*, 1890, p. 255.

<sup>2</sup> *Revue scientifique*, 1888.

su semblante se admiran. Esta razón, por lo menguada, pareciéndoles á los darwinistas insuficiente para su intento, acudieron luego al reparo con la *selección natural*. Á la manera, dicen, que un diestro jardinero, si ve rosas en un rosal de diferentes matices, corta el tallo de cada matiz y los planta, y riega con solicitud, y así logra rosas de subido carmín, de color quebrado, y de contrapuesto matiz; no de otra manera, natura matiza la fauna y la flora de abigarradas y diversísimas especies, esforzando las variedades aptas para la propagación y desechando las inútiles é imperfectas. Juntáronse, pues, un día dos animales elegidos por la naturaleza entre los más excelentes; los hijos heredaron por legítima sus preciosas propiedades; y de éstos á su vez, escogida una valiente pareja, y cerrada la puerta á las otras, se procreó nueva descendencia, linaje más noble; y así sucesivamente hasta llegar al cabo de millones de siglos á la generación de un bruto perfectísimo, que tuvo la dicha de ser animal racional. La hilaza de este tejido, ¿quién no la ve resaltar? En la selección artificial entra la deliberación, la traza premeditada, la diligencia y el cuidado, los medios ordenados al fin propuesto, en una palabra, la disposición libre del hombre: en la selección natural, ¿dónde está el jardinero que piense, pueda y quiera? La evolución ciega, que al cabo es la naturaleza de cada cosa, ó la tendencia y facultad que posee cada ser de vivir y reproducirse, ¿es acaso alguna voluntad deliberada que tenga manos para escoger medios y proporcionarlos á un fin libremente escogido? ¿Qué es natura, sino el autor de ella? ¿Dónde consta esa voluntad que la selección natural introduce, sino en el supremo Ordenador del universo?

Apretados los transformistas por esta razón, corren en busca de otro

arbitrio, no menos flaco y ruin: *la lucha por la existencia*. Infinitos animales, dicen, nacerán de una pareja, destinados á engendrar prodigamente otros muchísimos: atizados éstos por dos instintos, deseo de conservar la vida y temor de perderla, darán lugar á un encendido combate, á quien más puede; caen unos en la lucha, otros tienen fuerte en los aprietos, los más gallardos triunfan, sobreviven los más idóneos, y comunican á sus descendientes la nobleza de su calidad. Mas, ¿cómo no pierden la vida los mejor acondicionados? ¿Por qué parecen y van á pique todos los ruines sin quedar uno solo en pie? ¿Qué se hizo de las afinidades y diferencias necesarias entre los principales y valerosos? ¿Cómo nacen y se crían siempre enteros y no contrahechos los descendientes? Poco caso hacen los darwinistas de estas preguntas; de más altas veras consideran el buscar, efugios para tapar la vista á los ignorantes.

Tienen recurso al *atavismo*, con afán de demostrar cómo ciertas cualidades que en individuos se notan, les vienen de especie inferior. Pero, ¿quién no entiende luego que éstas son propiedades patológicas? «El primer requisito, dice Virchow, de una producción atavística, sería que en un tipo cualquiera hubiesen existido alguna vez individuos con cerebro, por ejemplo, de tal tamaño, y que se hubiesen conservado por algún tiempo, y procurado la formación de una raza. Lo contrario suponen los darwinistas, pues quieren sacar de especies infimas propiedades que son de las supremas, y dan por prendas y señales del atavismo los que son vicios de generación y pruebas de naturaleza limitada.

Tampoco se desvelan mucho por descifrar el por qué de la llamada *selección sexual*; conviene á saber, la cau-

<sup>3</sup> *Discurso de Leipzig*, 1878.



sa de aquel innato instinto que impele á cada bruto á comunicar mejor con el otro sexo que con el propio: ¿quién es capaz de explicar, por vía de selección, que cada animal vaya en pos de su conveniente pareja, y que la escoja adornada de aquellas cualidades que le acomoden y digan bien con el intento de la naturaleza, y que encuentre con la más apta para la procreación?

Finalmente, cuando ocurra peligro de malograrse el imaginado trastrocamiento, quedales el arbitrio de las *fuerzas desconocidas*, inherentes á cada individuo. Son ellas, en las manos ó en las plumas de los transformistas, tan milagrosas, que cuando la selección natural, la selección sexual, la ley del más fuerte, la transmisión hereditaria, fueran causas del todo desaprovechadas y vacías de efecto, todo lo allanarían las *fuerzas desconocidas* con su mágica virtud. Ni hay manera de hacer que entiendan la desproporción de estos medios con aquellos fines; acostumbrados á verlo todo de rosado color, no rinden el ánimo á la dificultad. Ellos saben que los organismos en algo se parecen todos, notan en los embriones grados muy análogos en el crecimiento progresivo, no pueden negar que todos los seres organizados posean miembros parecidos desde que empiezan á vivir; pero de éstas, que son puras analogías y borrones de semejanza, se arrojan á inferir en todo su seso, sin más razón, que unos animales descienden infaliblemente de otros, que tienen un padre común, y, lo que más importa, que el hombre no ha de ser de peor condición que el resto de los brutos. ¡Intolerable ceguera! Porque, como en otra parte decíamos<sup>1</sup>, si en todos los seres resplandece una singular semejanza cuanto más se avecinan y tocan las especies, es mucho más de admitir su no comparable diferencia:

<sup>1</sup> Cap. xxxvi, art. II.

semejanza y diferencia divinamente compuestas; las cuales hacen que el plan de la creación sea uno, grandioso, hermosísimo, y que desde el más pequeño viviente hasta el más primoroso y perfecto, todos entre sí se tengan algún respeto, ofreciendo grados variadísimos de perfección, parte desigual y parte semejable: mas, con todo, siempre será contra los principios de la sana dialéctica deducir de la semejanza de organización igualdad de procedencia.

Mas supongamos que la transformación de las especies fuese hipótesis aceptable, y que las razones expuestas aquí y más arriba<sup>1</sup> fueran de ningún valor; todavía nos toca preguntar á estos oráculos de la ciencia: ¿cuántos eran los tipos primitivos, autores de la muchedumbre de especies que vemos? ¿Uno ó muchos? ¿Cuántos? Porque los que han pretendido que un solo tipo fué causa de todas las especies, ni acertaron á señalarle, ni dieron pruebas demostrativas, ni pusieron fuera de duda su dicho. Darwin, cuando hablaba del paso del mono al hombre, decía: «El gran vacío que hay en la cadena de los organismos entre el hombre y los más inmediatos, ha sido propuesto como una grave objeción á la doctrina de la descendencia; pero aunque ese vacío no pueda colmarse por ninguna especie extinta ó viva, la objeción no es de gran peso para los que, convencidos por razones generales, tienen fe en el principio de la evolución.» Mas ¿por qué aquel misterioso poder que produjo el germen único, raíz y principio de todos los organismos, no produjo otros muchos gérmenes que fueran raíces de particulares evoluciones? ¿Por qué no dió luego á luz un germen destinado á procrear el tipo inteligente y libre? ¿Qué responden los darwinistas? Ca-

<sup>1</sup> Capítulos xxvi, xxvii, xxxvii.

<sup>2</sup> *The descent of man*, 1. II, p. 200.

llan, y échanse á discurrir por otros rumbos.

Dicho esto por términos generales y comunes, pues no queremos hacer lenguaje de materia tan manoseada, holguémonos de repetir aquí lo que llevamos arriba indicado<sup>1</sup>. Puesto caso que el discurso del tiempo llegase á sacar evidente la transformación de las especies y á poner de manifiesto que de pequeños principios y de pocos individuos nacieron por evolución todas las castas de bestias que han vivido sobre la tierra, ningún detrimento padecería la autoridad de la Biblia. Los libros sagrados, ni abonan ni repueban la hipótesis de Darwin: la dejan muy atrás, y señorean en esfera superior las disputas humanas. Pero en esta resolución se sobreentienden dos principales condiciones: la primera es que la hipótesis transformista presuponga que los primeros tipos fueron hechas de Dios y recibieron de su infinito poder la facultad de transfigurarse y pasar por esos trasiegos indefinidos; la segunda es que en la sucesión de transformaciones no sea contada la especie humana, hecha singularmente por Dios á su imagen y semejanza. Así entendida la opinión transformista, poco recelo debe infundir á los expositores del Génesis; más divertido y ejercitado tendrá el ánimo de los hombres de ciencia, si se empeñan en llevar hasta el cabo la ardua empresa de su demostración<sup>2</sup>.

### ARTÍCULO III.

La edad de oro, celebrada de los antiguos, condensa el estado salvaje del hombre primitivo. — Atájase una dificultad. — Las tradiciones vienen en apoyo de la perfección original del hombre. — Voz de la filosofía.



DESCENDIENDO ahora á tratar la sentencia arriba propuesta, que no tiene empacho de cercar de ignominia la dignidad de nuestro ori-

<sup>1</sup> Cap. xxxvi, art. IV.

<sup>2</sup> REUSCH: *La Bible et la nature*, leçon xxvi.

gen y de humillarla con vilísimas afrentas, no podemos irnos á la mano sin traer aquí el testimonio de la antigüedad profana, que señale á los ojos de todos la insensatez de los racionalistas. La literatura pagana, archivo de venerables tradiciones, entre las galas con que adornaba los crímenes de sus dioses, dejó entrever como por resquicios los destellos de la primitiva edad. ¿Qué fué la de oro celebrada por los poetas y oradores, sino recordación y prenda de cosa realmente pasada? De los que la encontraron, Ovidio fué el que con más puntualidad encerró en sus *Metamorfosis*<sup>1</sup> los restos de la tradición popular. «La edad de oro, dice, amaneció la primera: guardó sin violencia y sin el estímulo de las leyes la buena fe y la justicia. Los hombres no conocían el temor de los castigos; no se leían en público sentencias amenazantes, ni los delitos temblaban en el acatamiento de los jueces, ni la paz común era obra de la vigilancia de los magistrados... La tierra inculta, sin sentir la fatiga del arado, daba de sí copiosa y rica mies. Aquel sí que era reinado de primavera eternal.» Y así prosigue con palabras encarecidas este argumento, presentándonos la mañana de la vida primitiva como era de suma perfección y regalo.

El divino Platón, siglos antes, había estampado en su *Política* estas admirables palabras, hablando específicamente de los primeros hombres del mundo: «Dios los apacentaba rigiéndolos por sí mismo, á la manera que ahora los hombres de superior calidad guían y adiestran los animales. Á la sazón, ni había repúblicas, ni se tenían mujeres ni hijos, y mientras que falta ban estos entretenimientos, sobreabundaban frutos en los árboles que la tierra de por sí y sin cultivo á manos llenas regalaba. Desnudos andaban y sin ne-

<sup>1</sup> Lib. I.



ron la bienandanza de la primera edad. Dicearco, alumno de Aristóteles (320 A. C.), citado por Porfirio <sup>1</sup> y por Varro <sup>2</sup>, afirmaba también que «los primeros mortales fueron de blandísima índole y de vida bienhadada; por eso llamóse de oro la edad en que vivieron». Los poetas latinos no se quedaban cortos en la medida de sus loores, como puede verse en Virgilio <sup>3</sup> y Tibulo <sup>4</sup>, que describen con vivísimas imágenes el imperio de Saturno, ajeno de bélicos ardores, nadando en solaz y deleite. Y es bien notar aquí lo que con copia de autoridades demuestra el doctísimo P. Lorenzo Hervás <sup>5</sup>; es á saber, que las fiestas saturnales, instituidas á honra del rey Saturno, y solemnizadas por los paganos con tanta magnificencia, eran conmemoración de aquellos tiempos heroicos en que nadaban los hombres en la abundancia y vivían en el colmo de la dicha.

Añádese á esto la sentencia de Cicerón en su libro *De legibus* <sup>6</sup>, donde instituye este agudo raciocinio: «Pues el hombre está dotado de razón, y la razón es lo más excelso y divino que hay; luego únicamente Dios pudo formarla, y con él trató y conversó. Luego tiene el hombre semejanza con Dios? (*Est igitur homini cum Deo similitudo.*) De Cicerón no se desvió Séneca, llamando á los hombres «vástagos de alta sangre», porque salieron de las manos de los dioses; y Lucano va en lo mismo, aseverando que Dios en persona crió al hombre y le enjoyó en aquel primer instante con todo linaje de conocimientos.

No obscurece la claridad de estos testimonios el decir que los filósofos gentiles habían bebido en la fuente

«El vulgo de los hombres en la tierra  
Vivió de afanes libre y de trabajos,  
En paz, sin los cuidados de la guerra.»

Por igual manera los poetas Arato, Cratilo, Teléides, Ferécrates, pinta-

<sup>1</sup> *Contra Celsum*, l. iv.

ron la bienandanza de la primera edad. Dicearco, alumno de Aristóteles (320 A. C.), citado por Porfirio <sup>1</sup> y por Varro <sup>2</sup>, afirmaba también que «los primeros mortales fueron de blandísima índole y de vida bienhadada; por eso llamóse de oro la edad en que vivieron». Los poetas latinos no se quedaban cortos en la medida de sus loores, como puede verse en Virgilio <sup>3</sup> y Tibulo <sup>4</sup>, que describen con vivísimas imágenes el imperio de Saturno, ajeno de bélicos ardores, nadando en solaz y deleite. Y es bien notar aquí lo que con copia de autoridades demuestra el doctísimo P. Lorenzo Hervás <sup>5</sup>; es á saber, que las fiestas saturnales, instituidas á honra del rey Saturno, y solemnizadas por los paganos con tanta magnificencia, eran conmemoración de aquellos tiempos heroicos en que nadaban los hombres en la abundancia y vivían en el colmo de la dicha.

Añádese á esto la sentencia de Cicerón en su libro *De legibus* <sup>6</sup>, donde instituye este agudo raciocinio: «Pues el hombre está dotado de razón, y la razón es lo más excelso y divino que hay; luego únicamente Dios pudo formarla, y con él trató y conversó. Luego tiene el hombre semejanza con Dios? (*Est igitur homini cum Deo similitudo.*) De Cicerón no se desvió Séneca, llamando á los hombres «vástagos de alta sangre», porque salieron de las manos de los dioses; y Lucano va en lo mismo, aseverando que Dios en persona crió al hombre y le enjoyó en aquel primer instante con todo linaje de conocimientos.

No obscurece la claridad de estos testimonios el decir que los filósofos gentiles habían bebido en la fuente

<sup>1</sup> *De non est animal*, l. iv.

<sup>2</sup> *De Re rustica*, lib. i, cap. ii.

<sup>3</sup> *Georgic.*, l. i, vers. 125.

<sup>4</sup> *Lib.*, i, eleg. 3.

<sup>5</sup> *Storia della terra*, p. ii, capo ii.

<sup>6</sup> *Cap.*, xvii.

<sup>7</sup> *Cap.*, xix.

original de los dogmas bíblicos. San Agustín aprendió en los libros de los platónicos muchas verdades que los cristianos creemos <sup>1</sup>, y con su lección se le avivaron las ansias de defender la doctrina de Jesucristo. Esto escribe en su libro *Contra los Académicos* <sup>2</sup>, no sirviéndole poco ese conocimiento para convertirse de veras á Dios. Particularmente en el libro ii de la *Doctrina cristiana*, hablando del maestro y padre de su alma, san Ambrosio, dice: «El referido Obispo, teniendo á la vista la historia de los gentiles, como creyese que Platón en tiempo de Jeremías se había partido á Egipto, en donde moraba á la sazón el Profeta, demuestra ser más probable que Platón fuese informado de nuestras Escrituras por Jeremías para poder enseñar ó escribir las cosas que tanta loa merecen... Así que, consideración hecha de los tiempos, se hace mucho más creible que los platónicos tomaron de nuestros libros las cosas buenas y verdaderas que dijeron, que no los crirtianos de los libros de Platón el conocimiento del Señor Jesucristo, lo cual es locura grande creerlo.» Si después más adelante, pesadas mejor las fechas, retractó el santo Doctor alguna circunstancia de este pasaje <sup>3</sup>, declarando: «en lo que dije de la historia de los tiempos, como si Platón y Jeremías hubieran sido contemporáneos, la memoria me fué infiel»; todavía, tanto su dictamen como el de san Ambrosio, mantienen su vigor y hacen fe respecto del punto principal de esta contienda, que es haberse los escritores paganos alzado con muchas verdades bíblicas.

Y aunque, por el contrario, Tertuliano dió el nombre de patriarcas de los herejes á los filósofos, pues llamó á Platón adobador de todos los herejes

(*Platonem doleo omnium hereticorum condimentarium factum*) <sup>4</sup>, como si con la doctrina platónica todos los herejes hubieran informado sus errores, y parecidamente habló en sus *Prescripciones* <sup>5</sup>; pero otros, como Eusebio, de quien hicimos arriba mención <sup>6</sup>, y san Justino <sup>7</sup>, y Clemente de Alejandría <sup>8</sup>, y aun el mismo Tertuliano <sup>9</sup>, no dejaban de confesar que muchas y grandes verdades se deslizaron por las plumas de los filósofos paganos tomadas de los libros de los judíos. Dignos de loor han sido los esfuerzos de Vosio <sup>10</sup>, Bochart <sup>11</sup>, Huet <sup>12</sup> y otros varones excelentes en ciencia y erudición, por haber realzado los resplandores que debió la pagana filosofía á las costumbres y enseñanzas judaicas; y si en esta demanda su celo llevólos á ponderaciones demasadas, no dieron en despeñaderos ni extravíos, pues ponían los pasos en la tierra firme de tantos Padres y Doctores.

Mas, viniendo á nuestro propósito, el habertrasladado los autores gentiles arriba citados, de la sagrada Escritura sus creencias, no quita la fuerza al argumento, antes le robustece mucho más. Porque, ¿cómo habían ellos de canonizar y hacer suya propia una doctrina que no dijera bien con las opiniones recibidas, ó no les pareciese conforme á la sana filosofía? ¿Cómo vendieran por habida de sus mayores la felicidad de los tiempos saturnales, si no les hubiese constado la verdad de esta tradición? ¿Eran acaso los griegos y latinos de tan humilde ingenio, que sin más ni más se apoderasen de una enseñanza cualquiera? ¿Tan lerdos eran

<sup>1</sup> *De anima*, cap. xxiii.

<sup>2</sup> *Cap.*, vii.

<sup>3</sup> *Cap.*, viii, art. ii.

<sup>4</sup> *Apol.*, ii.

<sup>5</sup> *Stromat.*, ii.

<sup>6</sup> *Apolog.*, cap. xxvii.—*De Testimon. animo*, cap. v.

<sup>7</sup> *De orig. et progr. idol.*, l. c. xxx.

<sup>8</sup> *Geogr. Sacra*, p. ii, l. i, cap. xviii.

<sup>9</sup> *Demonstr. Evang.*, IV, cap. x.

<sup>1</sup> *Confes.*, l. vii, cap. ix.

<sup>2</sup> *Cap.*, xix.

<sup>3</sup> *L.*, ii, *Retract.*, cap. iv.



que no mirasen con atención dónde ponían la pluma? Luego, ¿recibieron de los judíos por indubitable la felicidad de los primeros mortales? Su razón se tuvieron, plausible y digna de encomio. ¿No la recibieron de ellos sino que les vino encañada por la corriente de la tradición? Muy en la cuenta estaban, cuando juzgaron la edad de oro por merecedora de la noticia de todas las gentes.

No es menos, sino mucho más de admirar, que en los pueblos de Oriente corriesen noticias tan circunstanciadas como pueden serlo las griegas y romanas. «En los sistemas paganos, dice discretamente el erudito Luken, el primer hombre ocupa el lugar de Dios Criador, y viene á ser, ya que no el Criador mismo, á lo menos de miurgo ó mandatario de todas las cosas visibles». ¿Qué significa la creencia del paraíso de deleites, donde Dios puso al primer hombre, celebrada generalmente por los pueblos orientales y occidentales, sino la vida bienaventurada de nuestros progenitores? Saben muy á su gusto los que han estudiado las historias de estas gentes, que sus primeras páginas están esmaltadas con recuerdos de aquella edad. El erudito Bergman, cuyos escritos analizó el sabio Ozanam, nos ha conservado estas palabras de los Mongoles: «Nuestros primeros padres, dice, vivían en estado feliz: breve tiempo les duró su fortuna: perdiéronla presto por su culpa. Del suelo brotaban y crecían frutas dulces y blancas; su aspecto sedujo los ojos de un hombre; comió, y se acabó la bienandanza.» En los libros chinos, como testifica Ramsay, se lee: «En el principio de las cosas, el corazón del hombre se deleitaba y holgaba con la verdad sin mezcla de engaño. Las cuatro estaciones seguían

ordenado concierto sin confusión ni aspereza. No había cosa que hiciese daño al hombre; antes una armonía universal reinaba en toda la naturaleza.» Contestan los libros persas, donde se dice: «El primer hombre y la primera mujer, Meschia y Meschiani, fueron en su origen felices, perfectos y rendidos á Ormuzd, su Dios y autor». En el Zend-Avesta hay trozos parecidos con harta frecuencia. En carta del P. Bouchet al obispo de Abrantes leemos: «Los indios dicen que así que Brama hubo criado al hombre del barro de la tierra, le puso en un jardín de delicias, donde todos los frutos florecían en abundancia».

Pasando á la América, testimonio de la edad de oro dan los mejicanos, según que lo refiere Humboldt por estas palabras: «El reino de Quetzalcoatl era la edad de oro de los pueblos de Anahuac (Méjico). Entonces todos los animales y los hombres vivían en paz; la tierra convidaba de por sí con ricas mieses; el aire estaba poblado de pájaros admirables por su canto y por la hermosura de su plumaje.» Pasamos por alto otros pueblos de ambos mundos que participan de igual luz, siendo cosa que deja suspensos los ánimos el pensar cómo naciones tan diversas y apartadas han podido concordar en atribuir á los primeros pobladores de la tierra vida dichosa y alto grado de civilización.

¿Qué concluir de esta nube de testimonios, sino que pueblos diferentes en lengua, religión y costumbres tenían por fundamento de sus creencias la dignidad y santidad de nuestro origen? Por esto la edad de oro cantada por los antiguos poetas, celebrada por los historiadores, autorizada por las

<sup>1</sup> CREUZER: *Relig. de l'antiq.*, t. 1, p. 328.

<sup>2</sup> T. 1, 1.º part., y t. II.

<sup>3</sup> *Cartas edífic.*, t. XVIII.

<sup>4</sup> *Vue des Cordillères*, p. 30.

<sup>5</sup> LUKEN: *Les traditions de l'humanité*, t. 1.

leyendas populares, registrada en los anales de las naciones, es ilustre prueba de la narración de Moisés, suma y fruto de la original tradición de la perfección primitiva, y pública reprensión y solemne mentis á la petulancia de los que encomian nuestro primordial abatimiento. Luego no hizo Dios al hombre estúpido, ni nació éste salvaje, ni se crió en los bosques, ni disputó á las bestias el sustento, ni fué tan extremada su ignorancia y abyección que no pudiese por sí guardar policía y ejercitar las artes, y aplicarse á las ciencias y hacer á los brutos incomparables ventajas desde el punto en que abrió los ojos á esta luz natural.

Subirá de punto el resplandor de esta verdad si consultamos el parecer de los hombres versados en el estudio de las lenguas. El filólogo Federico Schlegel, en su obra *Sobre la lengua y sabiduría de los Indios*, tratando cómo nacieron las flexiones ó letras adicionales de las palabras, no encuentran más salida que referirlas á la humana habilidad. «El hombre, en su origen, según Schlegel, dice M. Breal, no era inculto y grosero, como una filosofía superficial quiere persuadirnos: dotado de suma delicadeza de órganos, sentía la significación original de los sonidos, el valor de las letras y sílabas, y con vista profética hallaba sin trabajo la relación entre la voz y la idea: el hombre actual, con sus facultades descaecadas, no puede rastrear esa relación entre el signo y la cosa significada; pero una intuición infalible se la dada á conocer á los hombres primitivos».

Esta teoría de Schlegel, que siguiendo á Kreuzer presupone la familia humana honrada en sus principios con el privilegio de una elevadísima educación, no granjeó el agrado del filósofo Bopp, quien con desenfado y brío trató de combatirla, dondequiera que

se le ofreciese ocasión, porfiando que ni la sabiduría de los Indios ni la perfección de su idioma eran dignos de las ponderaciones de Schlegel. Á los doctos y peritos toca sentenciar este pleito. Empero lo muy sin duda, prescindiendo de la disputa filológica, es que entrambos filólogos conforman en uno su parecer, acogiendo con buen rostro la ilustrada inteligencia de los antiguos. Dícenlo claramente estas palabras de M. Breal, que resume la doctrina de Bopp: «La combinación de seis ó setecientas raíces de verbos con un corto número de raíces de pronombres dió lugar á un mecanismo maravilloso, que espanta y saca de quicio al que le examina por primera vez, y confunde y deja atónito al que después de considerar sus pequeños principios mide su inmensa importancia. El instinto humano con los medios más sencillos crió un instrumento, que después de siglos es suficiente para satisfacer las necesidades del pensamiento.» No es menos explícito el mismo Bopp: «Las lenguas indo-europeas, dice, en el primer período de su juventud fueron ricamente dotadas, y obtuvieron, en la facultad de componer y de aglutinar, todos los medios de desenvolverse: como mucho poseían, podían mucho perder, sin por eso cesar de comunicar entre sí mediante la gramática; á fuerza de menoscabo, de alteraciones, de supresiones, de transformaciones y de sustituciones, las antiguas afinidades se borraron, desvaneciéndose casi del todo.» Más adelante examinaremos qué valor tiene esta teoría; pero quede por ahora sentado cuán claramente han conocido los filólogos, puestos los ojos en los albores de la antigüedad, que el hombre en su origen dista infinito de haber sido salvaje.

<sup>1</sup> *Grammaire comparée*, 1875, § 108.

<sup>2</sup> *Ibid.*, Introd., p. XL.

<sup>3</sup> *Ibid.*, Préface de 1883, p. 3.

<sup>1</sup> *Les Traditions*, t. 1, l. 1, chap. III.

<sup>2</sup> LUKEN: *Ibid.*, chap. IV.

<sup>3</sup> *Disc. sobre la mitol.*, p. 146.



## ARTÍCULO IV.

Respóndese á las citadas descripciones de Cicerón y Diodoro.—Autoridades recientes en abono de la perfección inicial de la humanidad.—Razones de santo Tomás.

**Q**ué respuesta daremos, pues, á Cicerón y á Diodoro Sículo, que nos dejaron una tan misera pintura de la primera gente que en el mundo hubo? Sin reparo debemos decir que la laceria que minuciosamente nos encarecen como venida de abo-lengo á los hombres, no tanto ha de considerarse física cuanto moral, y representativa de aquel estado de abatimiento que alcanzó á nuestros primeros padres, después que hubieron pecado y levantado los ojos á la excel-situd sobrenatural, de donde su desobediencia los derribó.

Porque habiendo el hombre bastar-deado la generosidad de su primera condición, no sólo se hizo semejante á las bestias, pero pasó más adelante: quedóse mucho peor; porque, ¿qué bestia hay tan feroz que sea capaz de tantos males como la malicia humana armada y aguijada de los bríos de la razón? No hay desconcierto como éste: en el entendimiento obscuri-dad, y en la voluntad flaqueza, y en el apetito perversa inclinación, y en la memoria olvido, y en los sentidos, en unos engaño y en otros fuego, y en el cuerpo muerte, y desorden entre to-das estas cosas que he dicho, y disen-siones y guerra.<sup>1</sup> Todo este cúmulo de males manó de aquel primer pe-ca-do. Algunos profesores de la antigua filosofía alcanzaron esta contrariedad, y el no alcanzarla otros fuéles ocasión para escribir grandísimos disparates, así como á los modernos el no querer reconocer la causa del desorden moral no les excusa de los mayores desati-nos que estampan tan á sabiendas.

<sup>1</sup> Fr. Luis de León: *Nombres de Cristo*, l. II, Jesús.

San Agustín, que vivió hasta los treinta años envuelto en los errores de los maniqueos y en la ignorancia del pecado original, quedaba confuso y escandalizado de tan espantoso des-variado, no sabiendo cómo componerle con la infinita sapiencia de Dios. «¿De dónde procedió el mal y por qué puer-ta entró acá? ¿Cuál fué su raíz? ¿Cuál su simiente? ¿Ó por ventura no hay tal cosa? Pues, ¿por qué tememos lo que no es? Y si vanamente tememos, ya ese temor es malo. Pues, ¿de dónde nació, si Dios, bueno, todas las cosas hizo buenas? ¿De dónde tuvo origen este mal?... Tales cosas revolvía en un pecho fatigado con cuidados congo-josísimos del temor de la muerte, sin haber hallado la verdad.<sup>2</sup>» Todo esto es de san Agustín, antes de dar en la vena del pecado original. Si este nobil-ísimo ingenio en tales términos se espantaba, que no los hallaba en la explicación de los trastornos físicos y morales que padecemos, no es mucho que otros ingenios más apocados se alargasen á fingir fábulas para dar alguna causa simbólica de lo que sen-tían y no entendían.

Pero también puédesse responder que los testimonios antedichos deben referirse á un pueblo particular caído en el envilecimiento, y no al primer estado del linaje de los hombres. El libro de Job, antiguo tal vez como pue-de serlo el Génesis, corrobora esta so-lución. Describe el santo paciente la vida que pasaban aquellos desdicha-dos, que, antes de venir él á menos, le oían con el dedo en la boca y tembla-ban en su presencia. «Burlan de mí ahora, dice, los mozos, cuando sus padres no merecían dormir á par de mis mastines, ni tenía yo en ningún precio sus servicios; antes mirábalos como indignos de la vida. Hombres eran ellos consumidos de hambre y

<sup>2</sup> *Confess.*, l. VII, cap. V.

pobreza; en las soledades llevaban una vida escuálida y miserable; man-teníanse de yerbas del campo, de cor-tezas de árboles, de raíces silvestres. En dando con fruta bravia en los valles, todo era correr y arrojarse á ella, y arrebatarla con impaciente co-dicia. Moraban en las quiebras de los barrancos y en las cuevas de los montes, teniendo por merced la som-bra de los zarzales. Gente estúpida y soez, si la hubo, sin nombre decente en la redondez de la tierra.<sup>3</sup> Todas éstas son palabras del santo Job, por cuya boca el Espíritu Santo dibujó el oprobioso entorpecimiento en que ha-bía venido á parar aquella casta de gente; y no habrá quien se atreva á sostener que era común á todos los hombres estado tan lastimero.

«Después de la dispersión de las naciones, dice á este propósito el doc-to Feller, algunas pudieron llegar á ser y andar errantes y feroces, como los tártaros; otras antropófagas, como los brasileños; aquéllas ejercer el latro-cinio, como los árabes, y luego ser civilizadas por algún amante de la hu-manidad, que, excitando en ellas las ideas morales y religiosas, las redu-jese á vida más honesta y más feliz. Pero estos hombres jamás estuvieron privados de razón, ni vivieron sin so-ciedad ni sin leyes. Los hombres sal-vajes, que alguna vez han sido halla-dos en las naciones cultas, fueron sin duda abandonados en la tierna edad lejos de sus habitaciones, y podemos comparar su razón á la semilla sem-brada en terreno inculto.<sup>4</sup> No es me-no estimable la autoridad de un filó-sofo del siglo pasado, á quien entre mil desatinos se le escaparon de la pluma estas atinadas palabras: «El estado conveniente á la naturaleza del hom-bre es un estado de razón y de refle-xión; porque es especial á su alma la

facultad de pensar y reflexionar; por consiguiente, sólo por ese estado ha podido comenzar. El hombre no ha pasado á la vida selvática, que es un estado de la naturaleza animal, sino cuando dejó de discurrir sobre las costumbres y usos de sus mayores, ó cuando continuó en seguirlos sin co-nocer su espíritu.<sup>5</sup> Por esta causa podemos pensar que los hombres á que Cicerón y Diodoro aluden, serían los antiguos fundadores de las gen-tes latina y griega, los cuales, sien-do bárbaros y de estragadas costum-bres, sin ley ni freno en sus codicias, pudieron dar lugar á que un varón de más despierto ingenio y de elocuente palabra extendiese su mano contra los y los domesticase y sujetase á razón.

Confirma todo lo dicho un moderno escritor, Bartolomé Saint-Hilaire, de juicio imparcial y digno de crédito. «Una de dos, dice: ó el hombre comen-zó á ser como en el día vemos que es, ó comenzó de otra manera; es decir, ó nació niño, ó nació adulto. Por mi parte, yo no dudo sino que el hom-bre en el principio de las cosas fué criado adulto y tan perfecto como pue-de ser. La razón es muy sencilla: el hombre adulto podía bastarse á sí mis-mo para vivir; si hubiera nacido in-fante, como suponen, habría perecido sin remedio. Yo no digo que la crea-ción de un adulto sea más fácil de en-enderse que la de un infante; pero admitida esa imposibilidad, que es igual en ambos casos, concíbese que el linaje humano podía perpetuarse si el primer hombre era adulto, así como no hubiera podido sobrevivir un solo día siendo niño, acompañado de todas las flaquezas y peligros á que está ex-puesta la infancia. En el sistema del adulto sólo queda un punto obscuro; conviene á saber, un solo milagro; en el sistema del estado de infancia

<sup>3</sup> Cap. xxx.

<sup>4</sup> *Catecismo Filos.*, t. II, cap. I, § 2.

<sup>5</sup> *Antiq. dévoilée*, l. VI, cap. II, citado por Feller.



quedan dos: el nacimiento y la conservación. En esta alternativa, la elección no es dudosa; y ya que no podemos hurtar el cuerpo á todas las dificultades, la cordura pide que citamos nuestra atención en una sola, en vez de multiplicarlas á nuestro talento. Pues luego la ciencia, guiada por la lógica, debe aceptar la solución del Génesis, si no por amor del dogma, por amor de la razón. So pena de desechár la cuestión y de menospreciar su importancia, no es posible resolverla de otro modo. La ciencia ha de parar allí donde la razón detiene sus pasos: y yo juzgo y tengo para mí que la razón puede llegar hasta esta extrema inducción, tomando por tema este hecho indubitable y casi evidente: que el hombre adulto puede bastarse y valerse á sí propio; y que el niño no es poderoso para subsistir.<sup>1</sup> Así discutiría este sabio, á quien perdonemos por ahora que dé á milagro la formación del hombre; pero concédánle los enemigos de la humana dignidad que raciocina concluyentemente contra el estado salvaje ó embrionario.

Á este mismo tono habla el erudito Max Müller en defensa de la perfección del hombre. «Si queremos imaginar al primer hombre-niño y desenvolver paso á paso sus fuerzas físicas y morales, no habrá modo de entender cómo pudo vivir un día sin dispensación sobrenatural.» Otro testimonio tenemos de igual lustre en el protestante Guizot<sup>2</sup>, que dice así: «Ninguno afirmo, á mi ver, ni jamás afirmará que por obra de una generación espontánea el hombre, es decir, el varón y la mujer, hayan podido salir un día del seno de la materia hechos y crecidos, en la plenitud de sus fuerzas y facultades. Con todo, sólo así podía el hombre vivir, perpetuarse y fundar el hu-

mano linaje. ¿Cómo es posible imaginarnos al primer hombre naciendo niño, inerte, incapaz, sin ingenio y sin industria para valerse, tiritando y llorando, sin madre que le abrigase y mantuviese? Y, con todo, ese sería el primer hombre que la generación espontánea podría regalarnos. Pues luego el otro origen es el único admisible y factible. De donde el hecho sobrenatural de la Creación es el que verdaderamente explica la primera aparición del hombre sobre la tierra.»

Aguda y galanamente y con sin par solidez amplió la fuerza de estas razones el Padre Fr. Francisco Alvarado en sus *Cartas Críticas*<sup>3</sup>, hiriendo y deshojando con la vara del rigor lógico las insipencias que los afrancesados á principios de este siglo quisieron esparcir por España. También se leen con provecho los capítulos de la *Psicología celular*, de D. Antonio Hernández Fajarnés, escrita con buen criterio y paciente erudición; sin mentar ahora publicaciones extranjeras, en que salen muy malparados los invencioneros ingleses y alemanes, y nos excusan la tarea de deshacer uno por uno sus incomprometidos errores.

Consuena, en fin, la antropología con la gravedad de tantas autoridades. Á seis razas suelen reducirse los hombres fósiles que hasta nuestros días se han descubierto. La primera y más antigua es la de Canstadt, hallada en muchos puntos de Europa: el tipo que representan sus cráneos es común entre hombres actuales aventajados; la talla mayor que la ordinaria, arguye temperamento robusto. La segunda es la de Cro-Magnon, que sobrepuja, según todas las noticias que de ella se tienen, á las razas salvajes mejor dispuestas; era raza de cazadores y guerreros con prendas de excelentes artistas. Otras dos razas notables son las de

<sup>1</sup> T. I, cartas I y VI.

Furfooz, que, bien estudiadas, indican haber sido gentes aquellas ingeniosas y denodadas, aunque poco aficionadas á las artes. La quinta es la de Grenelle; de ella poco sabemos. La sexta, la de Truchère, casi desconocida; pero estas dos postreras dan señas de haber sido de hombres más cultos y más ajenos de la barbarie que el darwinismo quisiera. Estas fueron las primeras razas que poblaron la Europa; fundaron colonias, construyeron dolmenes y otros monumentos dignos de eterna celebridad. No son razas bastardas, sino muy enteras, y buenas para igualar y también superar en industria y capacidad á muchas de las actuales<sup>1</sup>.

Pero débese advertir con cuidado que la paleontología no tiene noticia del hombre primitivo: el hombre europeo fósil, ni es el hombre del Génesis<sup>2</sup>, ni nos habla de las razas más antiguas. ¿Con qué tenor de discurso atribuyen los positivistas á los hombres más antiguos que la geología ha desenterrado, la condición de los primeros hombres del mundo? «Cuando la geología haya explorado, dice oportunamente el presbítero D. Antonio Comellas, suficientemente las regiones del Asia, aunque llegase á encontrar los cráneos y esqueletos mismos de Adán y Eva, aun entonces no habría encontrado al hombre en su estado primitivo, en el estado de inocencia y de felicidad, en el cual no permaneció.» Así que considera al hombre por un lado sólo y no enteramente, el geólogo que no tiene en nada el criterio del Génesis, libro antiquísimo y merecedor de toda fe.

No levantemos la pluma sin dar al Principe de los teólogos la gloria de

haber trazado tantos siglos antes la refutación del error que tenemos entre manos. Baste alegar las palabras que en la *Suma* leemos, y son estas: «Como quiera que las cosas se instituyeron por Dios en un principio, no tan sólo para que subsistiesen en sí, mas también para que fuesen principios de otras muchas, fueron producidas en estado perfecto; en el cual pudieran servir á otras de principios. El hombre puede ser principio de otro, no sólo por vía de generación corporal, sino también por vía de enseñanza y gobierno. Y por esto, así como el primer hombre fué criado en estado perfecto cuanto al cuerpo, para que después pudiese engendrar; así también fué instituido en estado perfecto cuanto al alma, para que pudiese enseñar y adiestrar á los otros; y nadie puede instruir á otro si carece de ciencia.» En estas graves sentencias se contienen sumariamente todos los argumentos que prueban haber el hombre venido á este mundo en el lleno de su edad y en la plenaria posesión de sus facultades, y deshacen las tinieblas de los sistemas contrarios.

Este no es meramente el sentir de un Doctor singular; sino la interpretación y el eco de todos los santos Padres y Doctores de la Iglesia. Si algunos escritores eclesiásticos resbalaron en tener á Adán por niño tierno y poco dispuesto al conocimiento de la ley divina, según parece en san Teófilo Antioqueno (*ὁ Ἀδὰμ ἔτι νηπιός ἦν*), en Procopio, en Nemesio, en san Juan Damasceno, quienes le pintan falto de medios y lleno de culpas; tan singulares interpretaciones, que benignamente podrían explicarse en un sentido moral, no hacen argumento contra la muchedumbre de Padres y Doctores que á boca llena declaran y enaltecen la sabiduría, prudencia, señorío y ple-

<sup>1</sup> QUATREFAGES: *L'esp. humaine. — Hommes fossiles et hommes sauvages*: 1884.

<sup>2</sup> Cap. II.

<sup>3</sup> *Demonstración de la armonía entre la religión católica y la ciencia*, 1880, p. 231.

<sup>1</sup> I p., q. xciv, a. 3.

<sup>2</sup> *Ad Autolyicum*, l. II.

<sup>1</sup> *Journal des Savants*, 1862, p. 608.

<sup>2</sup> *La science du langage*, p. 295.

<sup>3</sup> *L'Eglise et la société chrétienne*, p. 22.



nidad de vigor de la cabeza del linaje humano, como puede ver quien quisiere en el P. Petavio <sup>1</sup> y en el P. Peireira <sup>2</sup>, erudita y copiosamente.

Empero erraría quienquiera que pensase que por haber sido dotados de cultura los primeros padres, ya poseyeron sus hijos conocimiento perfecto de la industria y de las artes. El Génesis previene este error, avisando que Tubalcain fué el primero que forjó metales; como si nos quisiera significar que, sin ser hombres degradados, poco á poco fueron levantando el pensamiento á nuevas invenciones, hasta lograr un grado esplendoroso

<sup>1</sup> De opif. sex dier., l. n.  
<sup>2</sup> Comment. in Genes., l. iv.

de civilización, de donde más adelante el ardor de la concupiscencia á no pocos derribó, haciéndoles perder la belleza y frescor de la primera cultura.

Después de lo declarado en todo este capítulo, no podemos oír sin asombro de labios católicos estas formales palabras, tomadas de un libro de texto que anda en manos de la española juventud: «No se crea que el hombre apareció sobre la tierra con el desarrollo intelectual con que la historia nos le muestra desde el comienzo de los tiempos históricos. El hombre terciario, si existió, y el cuaternario antediluviano, ó el cuaternario propiamente dicho, habitaba en cavernas, era totalmente salvaje.»



## CAPÍTULO XL.

### EL EVOLUCIONISMO.

«Et ait: faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.... masculum et feminam creavit eos.»  
(V 26, 27.)

#### ARTÍCULO I.

Intento de los evolucionistas.—Peligros de este sistema.—Ocurrirse á sus reparos.—El dictamen común de los Santos Padres pregona la formación inmediata de los cuerpos de Adán y Eva.—Se satisfacen algunos lugares dudosos.

Los transformistas, como arriba declaramos, se dividen en materialistas y espiritualistas. Los materialistas todo lo confían á la materia; la materia es la que se desenvuelve y muda; la materia con sus trueques y trastrueques lo fabrica todo, lo aseá todo, lo ordena todo; la materia de sus íntimos tuétanos hace brotar espontáneamente los reinos mineral, vegetal, animal y aun el reino humano. Los espiritualistas, ya que admitan la creación del espíritu y la creación de la materia, y diferencien de raíz estos dos principales elementos, haciendo de ellos autor al soberano Artífice del universo, pretenden que la materia fué dotada de tan prodigiosa virtud para transformarse, que, pasando por innumerables pruebas, produjo, subiendo de grado en grado, los reinos vegetal y animal, ó siquiera todo el animal, y aun en último resultado al mismo hombre en persona. El transformismo, quier materialista, quier espiritualista, ha sido

desportillado y entrado á saco por esclarecidos maestros, como muchas veces hemos visto, y á tal extremo ha quedado reducido, que difícil será que se rehaga y pueda sobrevivir. Pero en su lugar ha levantado la cabeza el evolucionismo, que en medio de desechar la transformación absoluta de una especie en otra sin términos ni condiciones, introduce la mudanza específica dentro de ciertos géneros y bajo tales auspicios, que hagan efectiva la descendencia de una especie derivando de otra muy ajena y distante de ella. En particular, hablando del hombre, no hallan ningún reparo en que pudiese originarse la especie humana del desenvolvimiento de un animal inferior, sin que sea de necesidad suponer que salió inmediatamente de las manos de Dios.

Esta sentencia, con ser especiosa, es grandemente perjudicial. El reconocer estos católicos la creación inmediata de las almas humanas, no es género de comedimiento que hagan á la causa de la verdad, antes parece cautela para excusar la nota de temerarios; porque ya que la Iglesia no haya definido este punto ni héchole dogma de fe, el consentimiento unánime de los Padres y Doctores no da á estos escritores lugar á otra cosa sin culpa-